

A person is standing in a dark room, looking up at a bright beam of light coming from a window. The light illuminates a path on the floor and a cloud in the sky. The person is silhouetted against the light.

# Construir la utopía democrática

---

Adolfo Garcé

---

**Número 11**

**DP Enfoque n.º 11**

**Construir la utopía democrática**

**Adolfo Garcé**

© 2022 KONRAD-ADENAUER-STIFTUNG e. V.  
FUNDACIÓN KONRAD ADENAUER  
Plaza Independencia 749, of. 201, Montevideo, Uruguay  
Tel.: (598) 2902 0943/ -3974  
E-mail: info.montevideo@kas.de  
www.kas.de/uruguay  
@KASMontevideo

**Director**

Sebastian Grundberger

**Coordinador editorial**

Ángel Arellano

**Corrección**

Alejandro Coto

**Imagen de portada**

Shutterstock

**Diseño y armado**

ESTUDIO DI CANDIA  
Obligado 1181, Montevideo, Uruguay  
www.estudiodicandia.com

ISBN 978-9915-9490-2-4

DIÁLOGO POLÍTICO es una plataforma para el diálogo democrático entre los influenciadores políticos sobre temas de relevancia en América Latina con base en los valores de libertad, solidaridad y justicia. Conecta a la región con los grandes debates geoestratégicos en el mundo. Construye una ventana de difusión de proyectos de la Fundación Konrad Adenauer en América Latina.

DIÁLOGO POLÍTICO es parte del Programa Regional Partidos Políticos y Democracia en América Latina (KAS Partidos). Tiene el objetivo de reducir la polarización política a través de un debate pluralista, constructivo e informado, orientado al bien común, para fortalecer el centro político desde sus raíces socialcristianas, liberales y conservadoras.

www.dialogopolitico.org - @dplatinoamerica

# Contenido

---

Construir la utopía democrática	4
Resumen	4
1. Introducción	4
2. Utopía, pasado y presente	4
3. La democracia como utopía	7
4. Utopía democrática, evolución cognitiva e intelectuales	12
Referencias bibliográficas	14
Adolfo Garcé	15

# Construir la utopía democrática

Adolfo Garcé

## Resumen

Para avanzar en la construcción de democracias plenas debemos dejar de limitarnos a aceptar con resignación nuestras prácticas e instituciones actuales. No hay nada de natural ni de inexorable en la política tal como la conocemos hoy. Los intelectuales están convocados al foro para dejar su testimonio. Las ciencias sociales, en general, especialmente la ciencia política, están demasiado orientadas a buscar explicaciones sobre lo que existe y muy poco orientadas a elaborar soluciones. Hay que recuperar o, mejor dicho, seguir recuperando el espíritu crítico y volver a desarrollar la reflexión normativa.

## 1. Introducción<sup>1</sup>

¿Cuál debería ser el principal objetivo de la humanidad? La pregunta es tan antigua como ambiciosa, y admite muchas respuestas inteligentes. Hay quienes sostienen, por ejemplo, que no hay tarea más urgente que evitar la destrucción del planeta. Otros dicen que la meta central debería ser terminar con la desigualdad social y asegurar el bienestar para todas y todos, sin distinción de clase social, raza, credo u opción sexual. Desde mi punto de vista, tampoco les falta razón. La lista de nuestras aspiraciones civilizatorias podría ser, incluso, más exigente, extensa y variada.

En este documento, y sin perjuicio de lo anterior, voy a argumentar que la meta más importante es la construcción de órdenes democráticos realmente dignos de este nombre. El argumento se desarrolla en dos movimientos sucesivos. En el primero me concentro en la muerte y resurrección de la utopía, y en su relativamente reciente *fertilización cruzada* con el realismo. En el segundo, argumento que la democracia, en el sentido más exigente y noble

del término, tal como la define Robert Dahl,<sup>2</sup> sigue brillando por su ausencia, y que no hay ningún objetivo más importante que seguir intentando recorrer la escalera de la utopía democrática, aunque no sepamos a ciencia cierta si es o no, como la de Penrose, apenas una ilusión óptica.<sup>3</sup>

## 2. Utopía, pasado y presente

### 2.1. Agonía y resurrección<sup>4</sup>

«La fe en la utopía, que mató a tantos en los siglos posteriores a la Revolución francesa, está muerta», sentenció John Gray (2007, p. 184). Se

<sup>1</sup> El autor agradece especialmente a Ángel Arellano, y el estímulo de Emanuel Adler y José Rilla.

<sup>2</sup> Dice Dahl: «Para mí, el gobierno democrático se caracteriza fundamentalmente por su continua aptitud para responder a las preferencias de sus ciudadanos, sin establecer diferencias políticas entre ellos» (1989, p. 13).

<sup>3</sup> Una conocida litografía de M. C. Escher se inspira en la escalera de Penrose. Comentando esta obra, dice Escher: «El modelo matemático-geométrico representa una escalera que [...] hace que quienes la utilizan estén en un continuo ascenso, o descenso, sin salirse del decurso infinito de sus escalones». Sobre la escalera de Penrose, la *escalera infinita* o *imposible*, hay mucha información. Véase, por ejemplo, <https://mathworld.wolfram.com/PenroseStairway.html>

<sup>4</sup> La traducción me corresponde (AG).

equivocó. La utopía ciertamente quedó herida de muerte, pero no murió. Entre 1989 y 1991, entre la demolición del Muro de Berlín y la disgregación de la Unión Soviética, recibió una estocada letal. El derrumbe del *socialismo real* asestó un golpe decisivo al marxismo, teoría que ya venía sufriendo —desde hacía muchas décadas— las críticas de los pensadores liberales, a los que se sumaron luego los cuestionamientos de los posmodernos.

En todo caso, con la implosión del socialismo, como advirtió Eric Hobsbawm (1998), se cerró el «siglo XX corto» y, con él, una época entera. Francis Fukuyama fue quien logró conceptualizar de un modo más claro y categórico el ambiente espiritual de comienzos de los noventa: «Hoy, [...], nos cuesta imaginar un mundo radicalmente mejor que el nuestro, o un futuro que no sea esencialmente democrático y capitalista» (1992, p. 46).<sup>5</sup>

Así fue. Y, en alguna medida, así sigue siendo. Con el *fin de la historia*, el pensamiento utópico pareció evaporarse. Enzo Traverso, colocando la historia del socialismo y el fin de siglo bajo el prisma sutil de la *melancolía de izquierda*, lo dijo muy bien: «Históricamente, las revoluciones han sido fábricas de utopías; han forjado nuevos imaginarios y nuevas ideas y despertado expectativas y esperanzas. Pero no fue eso lo que sucedió en el caso de las llamadas revoluciones de terciopelo. Al contrario, estas frustraron cualquier sueño anterior y paralizaron la producción cultural» (2019, p. 28). El siglo XXI nació, por tanto, bajo el signo del «eclipse general de las utopías» (Traverso, 2019, p. 31).

El pensamiento utópico, no obstante, es tan viejo como la teoría política misma. Nunca nos hemos resignado a celebrar la realidad tal cual es. Desde luego, es posible encontrar, en cada cultura, filosofías de la abdicación. Pero nunca faltaron, tampoco, en cada época histórica, los críticos del *statu quo* y, dentro de esa gran familia, los inventores de utopías (Levitas, 2013).

En Europa, durante el siglo XIX, el pensamiento utópico experimentó un fuerte desarrollo. Según

## La meta más importante es la construcción de órdenes democráticos realmente dignos de este nombre

Rorty, la característica más notable de la utopía de los modernos, paradigmáticamente expresada en el *Manifiesto comunista*, era que, a diferencia de otras formulaciones previas, fue expresada como un proyecto orientado al futuro: «Los siglos XVIII y XIX presenciaron, en Europa y América del Norte, un giro mayor en el lugar de la esperanza humana: un cambio desde la eternidad al tiempo futuro, desde la especulación sobre cómo ganar el favor divino a la planificación para la felicidad de las generaciones futuras» (Rorty, 1999, p. 208).

La utopía languideció. Pero no murió. Durante los últimos veinte años no han faltado los esfuerzos por reinventarla. El corazón de la utopía se empecina en seguir latiendo, muy especialmente, al interior de la tradición socialista. La cultivan los herederos de Karl Marx y de Ernst Bloch,<sup>6</sup> como Slavoj Žižek.<sup>7</sup> Los socialistas del siglo XXI han asumido que el marxismo no es la quintaesencia de la ciencia. Empezaron, con discreción, el camino de regreso desde el *socialismo científico* al *socialismo utópico*. Además, consolidando un viraje que venía de antes, dejaron de pensar la revolución en términos leninistas, es decir, como «asalto al Palacio de Invierno». La iniciativa Real Utopias Project, lanzada en 1991 por Eric Olin Wright, es una clarísima expresión de este viraje conceptual: «Lo que necesitamos, entonces, son “utopías reales”: ideales utópicos basados en los reales potenciales de la humanidad, destinos utópicos que tengan estaciones accesibles, diseños utópicos de instituciones que pueden informar nuestras tareas prácticas para salir adelante en

5 La traducción me corresponde (AG).

6 Ernst Bloch es un autor clave en el debate contemporáneo sobre utopía. *The Spirit of Utopia* fue especialmente influyente.

7 Véase, por ejemplo, la intervención del filósofo esloveno Slavoj Žižek en Buenos Aires, el 16.4.2013, disponible en <<http://textosenlinea.blogspot.com/2013/04/zizek-y-la-utopia.html>>.

## **Nunca nos hemos resignado a celebrar la realidad tal cual es. Desde luego, es posible encontrar, en cada cultura, filosofías de la abdicación**

un mundo de condiciones imperfectas para el cambio social».<sup>8</sup>

### **2.2. Pragmatismo, utopía y evolución cognitiva**

La referencia a Eric Olin Wright nos conduce al centro de la discusión contemporánea sobre realismo y utopismo. Por un lado, hemos aprendido los riesgos de las utopías. El modelo político que imaginó Platón para asegurar el imperio de la justicia tiene más de pesadilla que de sueño.

Siguiendo esa senda, en *Black Mass*, John Gray elaboró una crítica furibunda del milenarismo utópico. Según él, aunque esté formulada en formatos seculares y científicos, la utopía es el vehículo de antiguos mitos religiosos: «Durante más de doscientos años, la fe cristiana primitiva en un tiempo final iniciado por Dios se convirtió en la creencia de que la utopía podía lograrse mediante la acción humana. Vestidos de ciencia, los primeros mitos cristianos del Apocalipsis dieron lugar a un nuevo tipo de violencia basada en la fe» (2007, p. 3).<sup>9</sup> No es necesario suscribir un punto de vista tan radical como el de suyo para aceptar como evidente que el pensamiento utópico puede, y suele, derivar en tragedias.

Por otro lado, no es tan difícil comprender que la utopía es una fuerza moral tan extraordinaria como necesaria. Buena parte del progreso del

mundo se lo debemos al enorme poder político de los sueños de redención. Es cierto que la utopía comunista sembró violencia y costó millones de vidas. Pero es igualmente cierto que, al jerarquizar el ideal de la igualdad, y al formular sus profecías anticapitalistas, contribuyó a mejorar el *capitalismo real*, obligándolo a moderar el afán de lucro y a tener presente la obligación moral de distribuir la riqueza. El ascenso al poder de los partidos políticos que han procurado conciliar crecimiento económico con principios de igualdad en alguna medida, tienen que ver con el temor desatado por el ubicuo fantasma del comunismo.

La utopía, en definitiva, es como una moneda. De un lado, vemos la cara de la violencia y la tragedia. En el otro, la de la esperanza y el progreso. Para que, arrojada al viento de la historia cayendo del lado del progreso, los pensadores que no han renunciado a la utopía han optado por acuñarla en el molde del realismo. «Seamos realistas, pidamos lo imposible», decían con Hebert Marcuse los estudiantes de París en mayo de 1968. «Seamos realistas, celebremos el triunfo de la libertad y el fin de la historia», dijo, en otras palabras, Francis Fukuyama a fin de siglo, y en el polo opuesto del mayo francés. «Equilibremos razonablemente realismo y utopía», es lo que nos proponen durante las últimas dos décadas los utopistas realistas y los realistas utópicos (Levitas, 2013, pp. 127-149).

Para John Rawls, por ejemplo, el sustantivo es la utopía. Su utopía, la Sociedad de Pueblos, insiste, es realista: «podría y puede existir» porque es coherente con lo que sabemos de las leyes de la naturaleza, incluida la naturaleza humana (Levitas, 2013, p. 131). Otros autores pueden ser definidos como realistas utópicos. Piensan en la utopía. La tienen en la mira. Insisten en no perderla de vista y en avanzar hacia ella. Pero consideran que el principal desafío es el de avanzar, poco a poco, ensayando rupturas, pero experimentando en pequeña escala. Real Utopias Project es un excelente ejemplo de este enfoque (Fung y Wright, 2003). También Habermas ha procurado combinar realismo y utopismo: «Los derechos humanos forman una utopía realista en tanto que ya no evocan los coloreados cuadros utópico-sociales

<sup>8</sup> La traducción me corresponde (AG). Vale la pena leer la fundamentación de este proyecto. Véase <<https://www.ssc.wisc.edu/~wright/OVERVIEW.html>>.

<sup>9</sup> La traducción me corresponde (AG).

de una felicidad colectiva, sino que cimentan el objetivo ideal de una sociedad justa en las instituciones mismas de los Estados constitucionales» (2010, p. 118).

Realismo y utopismo han venido caminando juntos durante los últimos veinte años. A menudo lo han hecho apoyándose en el bastón del pragmatismo filosófico. La teoría de la evolución cognitiva de los órdenes sociales de Emanuel Adler, con su *realismo pragmático*, nos ofrece un enfoque especialmente fecundo para entender de qué modo concreto podría ocurrir esta interacción. Según él, los órdenes sociales evolucionan por ensayo y error. Hay una relación circular entre práctica y conocimiento. Actuamos a partir de nuestro conocimiento de fondo, en parte tácito, a veces reflexivo (Adler, 2010, p. 301). Luego, si tomamos nota de las consecuencias de nuestras prácticas, tenemos la oportunidad de aprender generando nuevo conocimiento que podrá informar nuevas prácticas y ser selectivamente retenido en nuevas instituciones. La responsabilidad por la selección de ciertas prácticas, y no de otras, corresponde a las comunidades de práctica.

Su teoría puede explicar tanto la estabilidad como el cambio, pero tiene más de Heráclito que de Parménides (Adler, 2019, p. 39). Es una teoría que explícitamente transita del *being* al *becoming*, es decir, de lo que es a lo que *podría ser* (Adler, 2019, p. 45).<sup>10</sup> Los órdenes sociales no cambian todo el tiempo pero pueden, y deben, hacerlo aprendiendo de su propia experiencia.

Adler define su visión del mundo como *humanismo realista* (2019, p. 283). Aunque no elaboró una teoría sobre el papel de la utopía, sostiene que el mundo debe mejorar, dado que no todas las prácticas son éticas (2019, p. 40). Pero esa mejora no es ineluctable, como podría sugerir una versión sencilla de la idea de *progreso* asociada al progra-

## Los órdenes sociales evolucionan por ensayo y error. Hay una relación circular entre práctica y conocimiento

ma iluminista. El progreso es contingente, parcial, reversible, limitado (*bounded progress*). El papel de la agencia, de los *practicantes*, en términos de Adler, es clave (2019, p. 276).

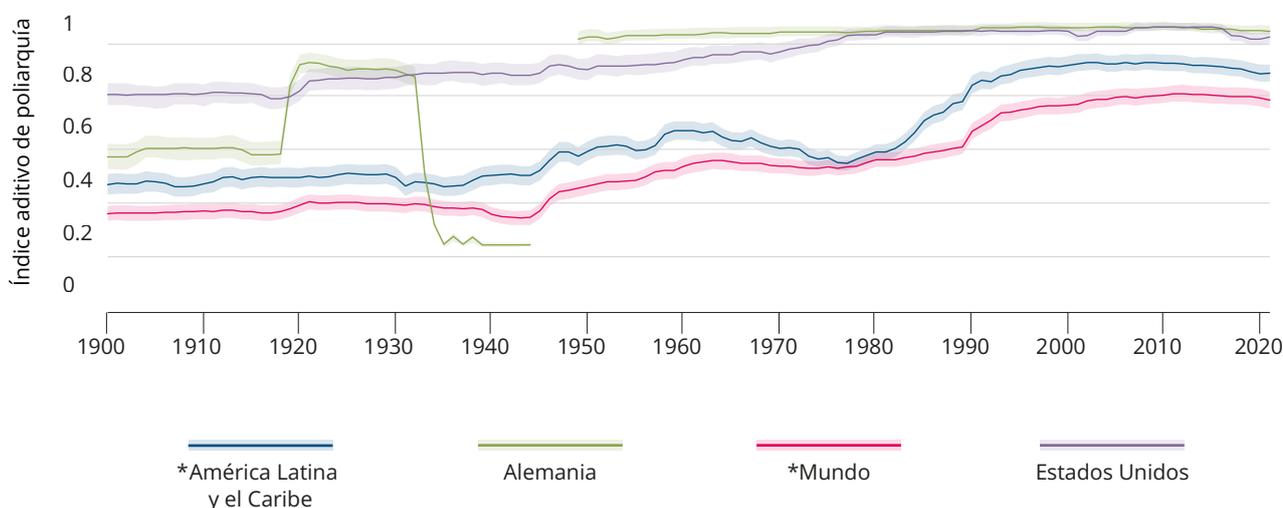
### 3. La democracia como utopía

La discusión sobre la utopía tenía que volver, y volvió. Lo hizo menos teñida de marxismo y más de pragmatismo. Generalmente, quienes escriben sobre la utopía siguen poniendo la carreta delante de los bueyes. Las utopías de los modernos dibujan sociedades ricas, a veces ricas y justas y, solamente en la medida en que esto no sea un obstáculo para los objetivos anteriores, también democráticas.

Hay que invertir las prioridades. Las utopías deberían jerarquizar el objetivo, anterior en términos lógicos, de transformar de modo efectivo a cada ciudadana y ciudadano en un verdadero gobernante. Al fin de cuentas, lo que hagamos con el planeta y sus recursos naturales, con la desigualdad, la propiedad privada, la economía y el medio ambiente, en definitiva, con el destino de nuestros hijos y nietos, en suma, con el futuro de la especie, es responsabilidad de todos y cada uno de sus habitantes. Y todos tenemos que poder decidir qué hacer con él, disponiendo de idénticas condiciones para informarnos, formular nuestras preferencias y contrastarlas razonada y responsablemente con las de los demás. Por eso, la utopía primera, hacia la que tenemos que seguir avanzando, es el gobierno democrático. Y, aunque parezca extraño, todavía estamos lejos llegar a destino. En el sentido más noble y profundo del término, la democracia sigue siendo un *u-topos*, un *no-lugar*.

<sup>10</sup> Uno de los aspectos más estimulantes de la teoría de la evolución cognitiva formulada por Adler es su dimensión dinámica y, a la vez, normativa. Nos ayuda a entender cómo es un orden social. Pero también, cómo cambian y cómo deberían cambiar. Sobre la dimensión normativa remito al capítulo 10 de Adler (2019).

**Gráfico 1. Evolución del régimen democrático (1900-2020)**



Fuente: V-Dem: <https://www.v-dem.net>

### 3.1. Apenas un puñado de poliarquías frustrantes

En términos concretos, estamos lejos del *fin de la historia* que celebrara Fukuyama. Durante los últimos años, incluso, hay señales preocupantes de retroceso. Desde luego, no puede negarse que durante el siglo XX la democracia avanzó de modo sensible, como ilustra el gráfico 1, elaborado con los datos del proyecto Variedades de Democracia (Coppedge et al., 2020). Siguiendo a Robert Dahl (1989), en él se consideran democráticos los regímenes que aseguran que los gobernantes son electos por mecanismos de competencia electoral.

Como puede verse, desde 1900, a lo largo de un siglo, desde este punto de vista, el régimen democrático avanzó y mucho. El progreso es muy visible a escala global, y también muy nítido cuando se observa la serie de América Latina. De todos modos, el contraste con Estados Unidos es muy claro. A pesar de todos sus defectos, la sociedad norteamericana ha demostrado entender mejor que las latinoamericanas la clave de la libertad política y saber diseñar mejores instituciones para asegurarla. En todo caso, el avance de la democracia en el mundo es consistente

con otros indicadores de desarrollo humano que invitan a concluir, con Steven Pinker, que el proyecto de la Ilustración «ha funcionado» (2018, p. 26). Sin embargo, cuando se introducen medidas de calidad de la democracia, el panorama vuelve a ser muy poco alentador. Sobre 167 regímenes analizados, existen solamente 21 calificados como democracias plenas en el *Democracy Index 2021*. En pleno siglo XXI, apenas 6,4% de la población mundial vive en democracias plenas. Mientras tanto, la mitad padece regímenes híbridos o, directamente, autoritarios.

Luego del fuerte avance verificado a principios de la década del noventa, durante los últimos años la democracia ha vuelto a declinar. América Latina no es la excepción. La ciudadanía, en la región, no esconde su frustración. Los datos son estremeceadores. En el gráfico 2 se presenta información de Latinobarómetro. En términos generales, desde 1995 en adelante, la insatisfacción con la democracia predomina ampliamente sobre la satisfacción. Y la brecha viene creciendo rápidamente. En 2020, siete de cada diez latinoamericanos estaban insatisfechos con la democracia.

Los datos de LAPOP para todo el continente americano muestran un panorama igualmente

**Tabla 1. Tipos de regímenes en el mundo (2020)**

Regímenes	Países	% países	% población
Democracias	21	12,6	6,4
Democracias defectuosas	53	31,7	39,3
Regímenes híbridos	34	20,4	17,2
Regímenes autoritarios	59	35,3	37,1

Fuente: Economist Intelligence Unit, *Democracy Index 2021*.

**Gráfico 2. Satisfacción con la democracia (América Latina, 1995-2020)**



Fuente: Latinobarómetro 2021.

preocupante: la satisfacción con la democracia pasó de 52% en 2004 a 43% en 2021 (Lupu, Rodríguez y Zechmeister, 2021, p. 16). Según LAPOP, además, el porcentaje de ciudadanos que creen que la democracia es la mejor forma de gobierno se redujo en 18 de 20 países entre la primera ola de sondeos (dependiendo del país, 2004, 2006 o 2007) y la última (2021). El porcentaje de apoyo

a la democracia está asociado al nivel socioeconómico (Schiumerini y Lupu, 2021, pp. 13-15). Los más pobres son los que menos apoyan el régimen que, en teoría, debería protegerlos más.

La ciudadanía se frustra una y otra vez con la democracia. Adam Przeworski (2010) elaboró un argumento teórico sofisticado y a la vez plausible

## **La utopía primera, hacia la que tenemos que seguir avanzando, es el gobierno democrático**

respecto a este tema. Según él, la democracia genera insatisfacción porque enfrenta sistemáticamente cuatro desafíos muy difíciles. Estos desafíos son: «la incapacidad i) de generar igualdad en el terreno socioeconómico, ii) de hacer sentir a la gente que su participación política es efectiva, iii) de asegurar que los gobiernos hagan lo que se supone que deben hacer y que no hagan lo que no se las ha mandado hacer, iv) de equilibrar orden con no interferencia».

Algunos datos adicionales del Latinobarómetro (2021, p. 42) validan esta interpretación. Por ejemplo: siete de cada diez encuestados piensan que sus países son gobernados por «algunos grupos poderosos en su propio beneficio» y no «para el bien de todo el pueblo».

De todos modos, la desigualdad social es solamente una de las razones de la frustración. Las demás son de orden estrictamente político. Todas se resumen en un concepto básico: la democracia es la promesa del ejercicio de la soberanía por el pueblo; pero los pueblos no se sienten soberanos. A lo sumo, y en el mejor de los casos, pueden votar libremente. Pero, para las grandes mayorías, sigue habiendo un abismo entre votar y, realmente, gobernar.

Una razón adicional para el escepticismo ciudadano respecto a la democracia deriva de la dimensión internacional. Dice Dahl: «Así como el surgimiento del Estado nacional redujo la capacidad de los residentes de una zona para ejercer control sobre las cuestiones que revestían para ellos de vital importancia mediante sus gobiernos locales, así también la proliferación de actividades y de decisiones en el orden transnacional restringe la capacidad de los individuos de un país para ejercer control sobre las cuestiones que revisten

para ellos vital importancia mediante su gobierno nacional». (1992, p. 382).

La pregunta es pertinente: ¿hasta qué punto es la ciudadanía de cada país la que controla, de modo efectivo, la agenda de asuntos y las decisiones y políticas públicas adoptadas? No hay que suscribir ninguna teoría de la dependencia, antigua y extrema, para admitir que existen restricciones al autogobierno ciudadano que atraviesan las fronteras nacionales.

### **3.2. Los cuatro escalones de la utopía democrática: instauración, consolidación, igualdad política, deliberación**

Hemos progresado. La democracia, pese a avances y retrocesos, *olas y contraolas*, avanzó de modo sensible (Pinker, 2018, pp. 253-269). Sin embargo, en pleno siglo XXI, la mitad de la población del mundo no vive todavía en regímenes democráticos. La otra mitad disfruta de elecciones, aunque no siempre son libres y justas. De todos modos, en ningún lado se verifica el principio de igualdad exigido por Dahl como base de la democracia (1989, pp. 13-14): las enormes diferencias en el acceso al bienestar social —en general, pero muy especialmente a la educación y a la información— impiden que los ciudadanos estén en las mismas condiciones para formular y expresar sus preferencias sin ser discriminados por el gobierno a causa de ellas. A las restricciones domésticas se suman las derivadas de la globalización.

La democracia, en el sentido más profundo del término, todavía queda demasiado lejos. Para avanzar hacia ella la primera estación sigue siendo la *instauración* de poliarquías. Parece sencillo. En esencia, una poliarquía es aquel régimen en el cual la oposición es aceptada y, por tanto, es posible desplazar a la elite en el gobierno sin recurrir a la violencia. Parece fácil. Es muy difícil. Rara vez una elite hegemónica admite ser desplazada del poder sin ejercer una tenaz resistencia. La regla general, una vez más, la explicó Robert Dahl. La probabilidad de la instauración de una poliarquía aumenta cuando el precio que podría pagar la elite gobernante por suprimirla excede el precio

**No hay utopía democrática sin prácticas deliberativas, sin instituciones diseñadas para favorecerlas, y sin ciudadanos dispuestos a razonar**

de tolerarla (1989, p. 24). La instauración de la democracia depende, mirada desde este punto de vista, de la correlación de fuerzas entre ambas elites, la gobernante y la desafiante. Pero no hay democratización sin evolución cognitiva, es decir, sin generación de conocimiento sobre qué prácticas e instituciones la hacen posible, y sobre cuáles la dificultan o tornan inviable (Adler, 2019, pp. 290-294).

Instaurar una poliarquía es una empresa difícil. El segundo escalón es la *consolidación* y reproducción del sistema democrático. Este desafío tiene muchas dimensiones relevantes. Me quiero detener en dos especialmente cruciales: la construcción de partidos vibrantes y de diseños institucionales que equilibren dispersión del poder y gobernabilidad. No hay democracias estables sin partidos políticos fuertes, con raíces profundas, capaces de cumplir con sus electores, de preservar sus bases sociales y de adaptarse a cambios en el entorno. Construir este tipo de partidos políticos es una tarea muy compleja. Como brillantemente explicara Fernando Rosenblatt, los partidos *vibrantes* son aquellos que tienen propósitos definidos (ideas, sueños que generen *lealtad prospectiva*), que cultivan sus tradiciones (las emociones y *traumas* generan lealtad retrospectiva), y que tienen reglas organizacionales que, por un lado, favorecen la ambición de quienes pretenden hacer carrera política y, por el otro, imponen costos altos a quienes quieran abandonar el partido o pasar de un partido a otro.

La democracia no sobrevive, además, si no se asegura la dispersión del poder. No hay democracia sin pluralismo, y sin respeto a las minorías. Al mismo tiempo, la democracia debe ser capaz de adoptar decisiones en plazos razonables si no quiere perder legitimidad. Esta tensión entre pluralismo y eficacia ha probado ser muy difícil de manejar. En América Latina tenemos experiencia en el tema. Pasamos fácilmente de la ingobernabilidad a las dictaduras (Garcé, 2009). Tanto para construir sistemas de partidos potentes y competitivos como para asegurar el balance entre legitimidad y eficacia es necesario aprender a diseñar buenas reglas electorales e instituciones políticas sofisticadas.

El tercer escalón de la escalera democrática es asegurar la igualdad política, un principio básico. Para eso, según Dahl, deben cumplirse cinco criterios procedimentales: participación efectiva, igualdad de los votos en la etapa decisoria, comprensión esclarecida,<sup>11</sup> control del programa de acción,<sup>12</sup> e inclusividad<sup>13</sup> (1992, pp. 134-141, 158). Cuando se cumplen estos cinco criterios, todos los adultos que habitan permanentemente en el país (con excepción de los *deficientes mentales*) integran el *demos* y controlan la agenda; a su vez, los ciudadanos tienen las mismas oportunidades de incidir en la agenda y en las soluciones a los asuntos tratados (1992, p. 159).

Estos criterios aseguran la igualdad política, pero no ponen el acento suficiente en un requisito fundamental de cualquier democracia que quiera acercarse a la utopía: la deliberación. El cuarto

11 El principio de comprensión esclarecida es clave para Dahl. Cada ciudadano debe poder desarrollar «la máxima comprensión posible de la experiencia resultante de su elección y de sus alternativas más significativas». Para ello, es imprescindible asegurar el pleno funcionamiento de garantías institucionales como la libertad de expresión, de asociación y la variedad de fuentes de información.

12 En un sistema democrático la ciudadanía controla el programa de acción: esto quiere decir que las instituciones aseguran que las políticas públicas reflejan las preferencias mayoritarias.

13 Según Dahl, el «*demos* debe incluir a todos los miembros adultos de la asociación, excepto los residentes transitorios en el país y las personas de las que se haya demostrado que son deficientes mentales» (1992, p. 158).

escalón hacia la utopía democrática es el de la democracia deliberativa. La competencia política entre partidos, que está en la base del funcionamiento de las poliarquías, no favorece los procesos de deliberación. Por el contrario, incentiva dinámicas adversativas y juegos de suma cero. Como explicara Javier Gallardo, no es sencillo reconciliar democracia y deliberación (2009, p. 89). En tiempos como los que corren, cuando el debate público ha sido invadido por distintas prácticas de subversión deliberada de la verdad (mentiras, doble discurso, *hechos alternativos*, discursos incendiarios, mensajes confusos), que erosionan la seguridad epistémica (Adler, 2019, pp. 290-292; Adler y Drieschova, 2021, pp. 370-372), es realmente difícil imaginar un debate público que permita contrastar buenas razones. Pero no hay utopía democrática sin prácticas deliberativas, sin instituciones diseñadas para favorecerlas, y sin ciudadanos dispuestos a razonar con buena voluntad, sentido de justicia y empatía, y a considerar las consecuencias de sus opciones sobre el resto de la sociedad.

Instaurar poliarquías, consolidarlas, asegurar la igualdad política entre los integrantes del *demos*, generar instituciones y prácticas que nos permitan pasar de la mera competencia por el poder a prácticas democráticas deliberativas. Cuando hayamos logrado recorrer esta escalera no solamente tendremos el premio del autogobierno ciudadano. Allá, en el último escalón, nos estará esperando a modo de recompensa adicional, el más difícil de imaginar de todos los ideales: la *paz perpetua*. En 1795 escribió Immanuel Kant: «La constitución republicana, además de la pureza de su origen, que brota de la clara fuente del concepto de derecho, tiene la ventaja de ser la más propicia para llegar el anhelado fin: la paz perpetua». Según Steven Pinker, «La guerra [...] parece estar quedando obsoleta» (2018, p. 203). Pero solamente lo estará cuando logremos, como nos reclamara Fernando Aínsa, «utopizar la democracia»: «se trata de abrir una intensa y desprejuiciada interlocución entre una utopía, desprendida de los tópicos totalitarios que la aquejan, y una democracia capaz de radicalizar en profundidad los principios que la fundan» (2004, p. 13).

**No avanzaremos hacia la utopía democrática si nos limitamos a aceptar con resignación nuestras prácticas e instituciones actuales. No hay nada de natural ni de inexorable en la política tal como la conocemos hoy**

#### **4. Utopía democrática, evolución cognitiva e intelectuales**

Hay que perderle el miedo a la utopía democrática, pero sin dejar de respetar la realidad. Hay que celebrar el avance de la libertad política, sin perder de vista la distancia que sigue existiendo entre nuestro puñado de meritorias aunque sufridas poliarquías y el ideal democrático propiamente dicho. El mundo tiene muchos problemas. Podemos, y debemos imaginar muchos ideales realistas.

En gran medida, como dice Steven Pinker (2018), gracias a los ambiciosos ideales de la Ilustración (razón, ciencia, humanismo, progreso), el mundo de hoy es mejor que el de hace dos siglos. Sigue habiendo guerra, muerte, hambre, dolor, enfermedad, racismo, discriminación, injusticia, desigualdad y dominación. Pero no hay ningún objetivo civilizatorio más importante que llevar hasta las últimas consecuencias el proceso de democratización teorizado inicialmente hace cerca de 2500 años, pero comenzado históricamente hace apenas doscientos años.

La democracia es una utopía de *final abierto* (Friedman, 2012). En una sociedad perfectamente democrática no habrá una forma de propiedad definitiva y decidida de antemano (ni privada, ni social, ni mixta). En una sociedad perfectamente

democrática habrá tanta orientación hacia la generación de riqueza y hacia su distribución como disponga, en cada momento, la ciudadanía. En una sociedad perfectamente democrática todos los integrantes del *demos* serán políticamente iguales entre sí, y tomarán todas las decisiones que les conciernen basados en su propia experiencia y luego de procesos de deliberación exigentes. En una sociedad perfectamente democrática se tramitarán con serenidad y generosidad las diferencias existentes. Parece un sueño, una ilusión, como la escalera de Penrose. ¿Lo es?

No es fácil recorrer el camino a la utopía democrática. Es una escalera larga, con escalones angostos y esquivos. El primero es la instauración de poliarquías allí donde no ha sido posible aún. El segundo, la consolidación de estos regímenes políticos. El tercero, la generación de condiciones para que exista una igualdad política efectiva entre los ciudadanos. El cuarto, el pasaje de dinámicas esencialmente adversariales a prácticas que combinen la competencia con la deliberación. La teoría de la evolución cognitiva de Emanuel Adler nos ofrece algunas pistas muy importantes respecto a cómo ir avanzando escalón tras escalón. El progreso no está asegurado. Ascender o descender, podría decirnos M. C. Escher, subir escalones o bajarlos dependerá, en cada contexto, de la capacidad de las respectivas comunidades de práctica democrática para aprender a partir de su experiencia, y para retener selectivamente las mejores prácticas e incorporarlas en mejores instituciones.

No avanzaremos hacia la utopía democrática si nos limitamos a aceptar con resignación nuestras prácticas e instituciones actuales. No hay nada de natural ni de inexorable en la política tal como la conocemos hoy. Una vez más, los intelectuales están convocados al foro para dejar su testimonio. Las ciencias sociales, en general, pero especialmente la ciencia política, está demasiado orientada a buscar explicaciones sobre lo que existe, y muy poco orientada a elaborar soluciones. Hay que recuperar o, mejor dicho, seguir recuperando el espíritu crítico y volver a desarrollar la reflexión normativa. La pregunta sobre la utopía es especialmente exigente y esquiva. Pero no podemos seguir soslayándola.

Analizando el futuro de la utopía democrática a mediados de los sesenta, Crane Brinton escribió: «Uno de los elementos centrales de la utopía clásica, la creencia en la posibilidad de una reforma progresiva y acumulativa [...] está claramente viva entre muchos en Occidente y, aunque no muerta, muy debilitada entre algunos intelectuales. De hecho, puede desaparecer de la faz de la tierra, y por razones diferentes a su abandono por los intelectuales. Pero no sobrevivirá para siempre en nuestra sociedad occidental sin el apoyo de los intelectuales» (Brinton, 1965, p. 364).<sup>14</sup> Pasó más de medio siglo. Pero sigue siendo absolutamente cierto.

---

<sup>14</sup> La traducción me corresponde (AG).

## Referencias bibliográficas

- ADLER, E. (2019). *World Ordering*. Cambridge: Cambridge University Press.
- ADLER, E., y DRIESCHOVA, A. (2021). The epistemological challenge of truth-subversion to the Liberal International Order. *International Organization*, 75(2), 359-386.
- AÍNSA, F. (2004). Un desafío impostergable: utopizar la democracia. *Cuadernos Americanos*, 103, 11-33.
- BLOCH, E. (2000). *The Spirit of Utopia*. Stanford: Stanford University Press.
- BRINTON, C. (1965). Utopia and Democracy. *Daedalus*, 94(2), 348-366.
- COPPEDGE, M., et al. (2020). *Varieties of Democracy*. Cambridge: Cambridge University Press.
- CORPORACIÓN LATINOBARÓMETRO. (2018). *Informe Latinobarómetro 2021*. Santiago de Chile: Corporación Latinobarómetro.
- DAHL, R. (1992). *La democracia y sus críticos*. Buenos Aires: Paidós.
- FRIEDMAN, S. (2012). Democracy as an Open-ended Utopia: Reviving a Sense of Uncoerced Political Possibility. *Theoria: A Journal of Social and Political Theory*, 59(130), 1-21.
- FUKUYAMA, F. (1992). *The End of History and the Last Man*. Nueva York: The Free Press.
- FUNG, A., y WRIGHT, E. O. (2003). *Deepening Democracy*. Londres: Verso.
- GALLARDO, J. (2009). Elogio modesto de la deliberación política. *Revista Uruguaya de Ciencia Política*, 18(1), 85-115.
- GARCÉ, A. (2009). *El giro republicano. Bases conceptuales del déficit democrático de América Latina*. Montevideo: UPAZ-Trilce.
- GRAY, J. (2007). *Black Mass: apocalyptic religion and the death of utopia*. Londres: Allen Lane.
- HABERMAS, J. (2010). La idea de dignidad humana y la utopía realista de los derechos humanos. *Anales de la Cátedra Francisco Suárez*, 44, 105-121.
- HOBBSAWM, E. (1998). *Historia del siglo XX*. Buenos Aires: Crítica.
- LEVITAS, R. (2013). *Utopia as Method*. Londres: Palgrave MacMillan.
- LUPU, N., RODRÍGUEZ, M., y ZECHMEISTER, E. J. (eds.). (2021). *Pulse of Democracy*. Nashville: LAPOP.
- PINKER, S. (2018). *En defensa de la ilustración*. Barcelona: Paidós.
- PRZEWORSKI, A. (2010). *Qué esperar de la democracia*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- RAWLS, J. (2000). *The Law of Peoples*. Cambridge y Londres: Harvard University Press.
- RORTY, R. (1999). *Philosophy and Social Hope*. Londres: Penguin Books.
- ROSENBLATT, F. (2018). *Party Vibrancy and Democracy in Latin America*. Oxford: Oxford University Press.
- SCHIUMERINI, L., y LUPU, N. (eds.). (2022). *El apoyo ciudadano a la democracia en América Latina*. Montevideo: Fundación Konrad Adenauer-LAPOP (DP Enfoque n.º 8, Diálogo Político).
- TRAVERSO, E. (2019). *Melancolía de izquierda. Después de las utopías*. Barcelona: Galaxia Gutenberg.



### Adolfo Garcé

Doctor en Ciencia Política por la Universidad de la República de Uruguay (UdelaR), donde ejerce como profesor titular en el Departamento de Ciencia Política de la Facultad de Ciencias Sociales. Investigador nivel II en el Sistema Nacional de Investigadores. Fue presidente de la Asociación Uruguaya de Ciencia Política (2014-2015). Se ha dedicado especialmente al estudio del vínculo entre expertos y política. Es cocordinador del proyecto «La máquina de aprender», de fortalecimiento democrático en Uruguay y América Latina, con el apoyo de la Fundación Konrad Adenauer. Es autor de varios libros y artículos científicos y columnista de medios de comunicación en Uruguay.

